

El Astrólogo y la muerte

Los siete locos puede leerse, lo mismo que *El juguete rabioso*, como una historia iniciática en clave de parodia. Silvio Astier se formaba para héroe, a través de los siete maestros del trivio y el cuadrivio, y resultaba un traidor. Erdosain se forma, en una logia también signada por el siete (número que puede simbolizar el ciclo formativo, la perfección del educando), para convertirse en militante de la revolución social, y acaba en suicida.

En esta perspectiva, alcanza un relieve privilegiado la relación de Erdosain con el Astrólogo, que parece ser el ideólogo más importante del grupo. Es una relación pedagógica, la del discípulo con el maestro. Aún más, relejendo el prólogo que Roberto Arlt pone a la segunda parte de la novela, *Los lanzallamas*, puede imaginarse que toda la obra está escrita desde el punto de vista del Astrólogo. En efecto, al final, este personaje desaparece del relato, acompañado de su pareja, la prostituta, dejando en situación desamparada y límite a sus compañeros de logia. De algún modo, lo mismo que hace el narrador.

La doctrina del Astrólogo parte de un supuesto radical: las sociedades están al borde de un colapso del sistema capitalista, cuyo agotamiento abre un vacío histórico, que han de ocupar los revolucionarios. Es una ideología radical, en tanto hace a la raíz del orden social. Se arranca, también de raíz, el sistema anterior, o sus restos, y se planta el nuevo vegetal, el nuevo bosque, en un territorio desertizado, la hora cero de los tiempos nuevos.

El Astrólogo, vestido de amarillo como un sacerdote budista —según lo caracteriza el narrador— funge de oficiante y fundador en esta violenta ceremonia de regeneración. Diseña una logia secreta, a la manera del Ku-Klux-Clan, sin saber si será bolchevique o fascista. Convoca para integrarla a un público bien perfilado:

...los jóvenes bolcheviques, estudiantes y proletarios inteligentes... los que tienen un plan para reformar el universo, los empleados que aspiran a ser millonarios, los inventores fallados... los cesantes de cualquier cosa, los que acaban de sufrir un proceso y quedan en la calle sin saber para qué lado mirar...

Es decir: se trata de gente insatisfecha pero que ha identificado claramente el objeto de sus deseos. Una comunidad de deseantes, a los cuales el líder promete una organización capaz de saciarlos. En este sentido, el Astrólogo es un dirigente autoritario, que pide la plenipotencia para calmar el deseo del conducido, prometiendo la satisfacción completa, la dicha, al tiempo que sabe de antemano que ésta es imposible. Un incrédulo que retoriza la credulidad de los otros, la creencia que genera el deseo, y la encamina hacia una concentración de poder.

El Astrólogo es anticapitalista, pero desde una perspectiva ascética que recuerda la condenación del mundo por el sacerdote. Esta sociedad es mala porque es atea, hedonista, escéptica y competitiva. Su modelo humano es un sujeto «cobarde, astuto, mezquino, glotón, lascivo, escéptico y avaro», del cual «nada debemos esperar».

Por ello, el Astrólogo reprocha a los socialistas y los demócratas que aboguen por la paz y la evolución. Él quiere una revolución que se caracterice por su violencia y se legitime a partir de ella: «...que se compone de fusilamientos, violaciones de mujeres en las calles por las turbas enfurecidas, saqueos, hambre, terror. Una revolución con una silla eléctrica en cada esquina». Una revolución provocada por los mayores revolucionarios, los capitalistas monopólicos que construyen máquinas capaces de generar millones de parados. Cuanto peor, mejor.

Este modelo de cambio consiste en ceder la lógica a los hechos, poniendo el medio como fin. Es la inversión, por reducción al absurdo, del principio maquiavélico. Un buen fin político hace buenos a unos malos medios, pero hacer el mal es perseguir, de hecho, la consecución del mal. He aquí la lógica de los hechos. O, si se prefiere, la revelación, en la acción, de los fines ocultos en la materia de la acción. Lo que Sartre llama la contrafinalidad inscrita. En otro vocabulario, el inconsciente o la astucia de la historia.

El Astrólogo discurre que si, para cambiar la sociedad, hace falta eliminar una vida humana, esta vida vale menos que la de un perro. Lo importante es triunfar, ya que la victoria funda la nueva legitimidad. Toda ley es la violencia del triunfador convertida en fuerza legal. Nadie se cuestiona las vidas que han costado Lenin o Mussolini (sic el Astrólogo) porque han triunfado. Es el nihilismo del poder, la proclamación de que todo poder es legítimo porque es poderoso. Nietzsche y su voluntad de dominio, pasados por el joven Hitler. Todo lo concreto se somete a la más abstracta de las ideas, la del puro y sumo poder.

Visto con distancia histórica, este discurso del Astrólogo se inserta en la frontera que Drieu la Rochelle definió como el camino que huye de Ginebra (la pacifista Liga de las Naciones) y conduce a Roma o a Moscú. Al fascismo o al leninismo. En esa frontera, ciertos intelectuales desesperados

de la burguesía humanista marcharon hacia posturas radicalizadas. Aragon, Malraux y Eluard en un sentido; el mismo Drieu, Brasillach y Céline, en otro. Con mucho en común: la busca del *apocalipsis* por medio de la *ilusión lírica de la burguesía soñadora*. El Guernico de Malraux y el Gilles de Drieu pelean en la misma guerra (la civil española), en bandos opuestos y con igual misticismo guerrero y redentorista.

El Astrólogo junta, con lógica de cambalache, cínica y rigurosa, a Lenin y Mussolini, a Guernico y Gilles. Si se hurgan las raíces, se advierte que la coincidencia es profunda. Lenin y Mussolini derivan de Georges Sorel e invocan un socialismo radical que se convierte en nacionalista y se tiñe de populismo. Ambos piensan la política como una traducción de la guerra, según Clausewitz. Y si Lenin proviene del nihilismo romántico ruso, Mussolini proviene del nacionalismo populista romántico del *Risorgimento* italiano. Las dos corrientes, el comunismo y el fascismo, ven al Estado, hegelianamente, como la cima moral de una sociedad, donde se totaliza el *ethos* comunitario. El Estado es totalitario porque el sumo bien común permite totalizar todos los aspectos de la vida humana, sustraídos al mundo incierto y libre de la privacidad, lo propio y lo íntimo, característicos de la caduca civilización liberal.

Un toque de futurismo italiano (otro radicalismo que acaba orientado al autoritarismo) se agrega a la ensalada ideológica del Astrólogo. Ese futurismo que tanto influyó en las vanguardias argentinas del veinte. La logia habrá de sostenerse con una red de prostíbulos, base de la academia revolucionaria. Es una organización militar, fundada en la obediencia, y con una mística industrialista, típica del futurismo. Estas palabras del Astrólogo podrían ser de Marinetti:

...hay que hacer ver a un hombre que es tan bello ser jefe de un alto horno como hermoso antes fue descubrir un continente...

El ingrediente más *fuerte* de la ideología del Astrólogo es nietzscheano. No es difícil que, entre las lecturas de Arlt, vinieran, por junto, los textos de Nietzsche mezclados con los de anarquistas magistrales (Malatesta, Kropotkin) y críticos de la religión (Renan, David Strauss), impresos por las mismas editoriales valencianas y barcelonesas. La síntesis es una suerte de superhombre que el Astrólogo define como «un hombre soberbio, hermoso, inexorable, que domina a las multitudes y les muestra un porvenir basado en la ciencia». Un «príncipe de la sapiencia» que instaure una dictadura de industriales (no de políticos ni de militares) y cuyos modelos son los millonarios norteamericanos, Ford, Rockefeller, Morgan, capaces de fabricar suficiente explosivo como para destruir la Luna.

La figura del dinamitero, tan anarquista, sirve para situar este nietzscheísmo ecléctico y un tanto sobado. Se trata de destruir el escenario de la historia e instaurar la discontinuidad revolucionaria. El superhombre es la criatura de la aurora, el que sólo tiene futuro y puede prescindir de la historia. Es un recuperador de paraísos perdidos, un dios primaveral, un fundador, que inspira al Astrólogo la manida figura del podador, del regenerador, del férreo cirujano de la historia. El Astrólogo, en efecto, propone «la poda del árbol humano... una vendimia que sólo ellos, los millonarios, con la ciencia a su servicio, podrán realizar».

Durante siglos, los superhombres han de consagrarse a la destrucción, hasta que sobreviva un puñado de elegidos que se recoja en un islote (la isla de Utopía, ciertamente) y eche las bases de la nueva sociedad.

Ahora bien: la condición para que el superhombre se imponga es su histrionismo. El demiurgo de Nietzsche es, como recordamos todos, un bailarín, un histrión. No debe creer en lo que hace creer a los demás, ha de saber lo ilusorio que es como objeto del deseo común: la omnipotencia. Se trata de hacerles engullir «la divina bazofia». Por ello, su público privilegiado es la juventud, tan entusiasta como estúpida. Para ella montará festivales, desfiles, colecciones de uniformes y banderas, etc. Los años veinte asisten a un juvenilismo político de posguerra, que exalta al soldado, el cual siempre es joven, y a su réplica en la paz, el deportista. El mesías del Astrólogo será un hermoso efebo milagrero, con un templo *Kitsch* en algún lugar de la Patagonia. Él aterrorizará a los débiles, inflamará a los fuertes, revolucionará las conciencias exaltando la barbarie. La política, según el principio fascista descrito por Walter Benjamin, se estetiza: es bello quemar vivo a un hombre en un lugar público.

La destrucción radical es la condición para la nueva vida, el crimen es el prelude del amor. Tánatos anuncia a Eros:

También sé que el amor salvará a los hombres; pero no a estos hombres nuestros. Ahora hay que predicar el odio y el exterminio, la disolución y la violencia. El que habla de amor y de respeto vendrá después. Nosotros conocemos el secreto, pero debemos proceder como si lo ignoráramos. Y Él contemplará nuestra obra y dirá: los que tal hicieron eran monstruos... pero Él no sabrá que nosotros quisimos condenarnos como monstruos para que Él... pudiera hacer estallar sus verdades angélicas.

En torno al Astrólogo se nuclea un par de ideólogos que le valen de eco y completan su doctrina. Uno de ellos es el Buscador de Oro, pionero en un mundo sin tierras incógnitas, modelo de *esprit fort* de los años veinte, que declara:

Estableceremos una aristocracia bandida. A los intelectuales contagiados del idiotismo de Tolstoi los fusilaremos, y al resto, a trabajar para nosotros. Por eso admiro

a Mussolini. En ese país de mandolinistas estableció el uso del bastón y aquel reinado de opereta se convirtió del día a la noche en el mastin del Mediterráneo.

El Buscador también imagina escenarios de refundación y de utopía, que lo llevan a la figura mística del desierto donde habitan los monjes solitarios. Propone huir de las ciudades, donde la chusma ladra en los comités (sic unas palabras que parecen lugonianas): no se puede «creer en el montón», los campesinos rusos no siguieron a Lenin. Los paradigmas de organización están en los cuarteles, los monasterios, los grandes almacenes donde el trabajo se ha militarizado (cabe pensar en la Metrópolis que aparece en el film homónimo de Fritz Lang).

El Mayor es un militar desengañado de la democracia y el parlamento, que considera a un político, siempre, menos culto que a un teniente primero. Para gobernar sugiere imitar las cualidades de un capataz de estancia. La sociedad ha de ser guiada por el ejército, que es su estado superior. El Mayor es nacionalista y comunista, a la vez. Quiere combatir al capital extranjero y dar a la sociedad un aspecto completamente comunista (sic). Por medio de una organización celular bolchevista, implantará el terror y, por fin, el golpe de Estado. Algunos terroristas serán fusilados, según suele ocurrir en estos casos, y el orden nuevo tendrá lugar. La vida política será prohibida y habrá una dictadura militar.

Mirada con distancia y en el contexto de la historia argentina, la piña doctrinaria formada en torno al Astrólogo tiene mucho de profético. Describe con nítido perfil los extremismos que se forjan en la sociedad argentina durante los años veinte y que empiezan a operar, por medio siglo, a partir del golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, que ocurre entre la publicación de *Los siete locos* y la de *Los lanzallamas*.

La síntesis de socialismo-anarquismo-activismo-fascismo es la que personifica Leopoldo Lugones y que culmina con su discurso de Ayacucho y sus libros *La patria fuerte* y *La grande Argentina*. La superioridad del ejército sobre la sociedad civil, su custodia de los valores eternos de la nacionalidad y su capacidad para generar el nuevo orden social, aparece en el texto de todas las proclamas de los golpes de Estado (1930, 1943, 1955, 1966, 1976). A veces se llama Revolución Nacional, otras Revolución Libertadora, Revolución Argentina o Proceso de Reorganización Nacional. El histrión paternal que encarna la omnipotencia del deseo multitudinario se parece mucho a la actitud del matrimonio Perón-Evita. El comunismo militarizado, antiimperialista y radicalizado del Mayor anticipa a los guerrilleros de la década del setenta.

Si se amplía la perspectiva, entonces el radicalismo terrorista del Astrólogo se inscribe en ese mundo fantasmal que recorrió el Mundo entre ambas guerras: la inmediata destrucción del capitalismo. Lo creyeron las iz-

quierdas con alborozo y las derechas, con pánico. Parece que se equivocaron. Ni el capitalismo estaba por estallar ni la historia se iba a quebrar en un abismo de discontinuidad. Pero de estas ilusiones vive la historia misma y por eso puede (re)contarse.

El Astrólogo es, de alguna manera esperpéntica y microscópica, la figura donde quiebra el humanismo del siglo XIX. Pero, para existir, le hace falta una contrafigura, el esclavo que justifique al amo, el discípulo que otorgue identidad al maestro: Erdosain.

La fascinación que Erdosain siente por el Astrólogo se parece mucho a la del *uomo qualunque* por el *condottiero* fascista. Humillado por el poder ajeno, impotente en lo social y tal vez en lo sexual, siente su vida anecdótica como extraña y su vida auténtica, como lejana, perdida o arraigada en el *ailleurs* de los surrealistas. Estas dos vidas se suturan en el crimen, ya que éste atrae sobre Erdosain la mirada de los otros, la atención de los poderes que se inquietan cuando alguien ejerce el poder máximo que un hombre puede dirigir a otro: el absoluto poder de matar. La fantasía de Erdosain es pasar del anonimato al nombre, deviniendo Erdosain el asesino.

El Astrólogo entiende el problema de la identidad de Erdosain desde la perspectiva metafísica. Si Dios ha muerto, no existe la identidad, nadie es nadie. Si no hay un Legitimador Supremo, nada es legítimo. Toda acción es moralmente factible y se legitima como tal acción, por sus resultados, según el encuadre nihilista antes descrito. Muerto Dios, la identidad se disuelve y el otro se torna imperceptible. No hay padre que reconozca a Erdosain como hijo, ya que se ha roto la cadena legitimadora paterna, que parte del padre sin padres, Dios. Si Él no existe, soy nadie, puedo quitar la alteridad a cualquiera, matándolo, ya que no me vale como reconocedor.

En lugar de Dios, el líder propone reconstruir la cadena de la ley a partir de su propio carisma de conductor o poniendo en lugar de Dios algo igualmente sagrado. La acción revolucionaria, por ejemplo. En este caso, es un fundamento falso, ya que se trata de una acción meramente destructiva, que se legitima en el acto de desaparecer. Erdosain es un impotente que se mira en el espejo de un castrado (el Astrólogo lo es) y éste se contempla, a su vez, en el espejo hueco de la disolución, la tumba de Dios. No hay legitimación que invoque meramente el Tánatos. La legitimación lo es de la vida y ésta se quiere renovada y continua a través del Eros, es decir la percepción del otro como alguien que merece perpetuarse. El Tánatos, y el terrorismo que se funda en él como sustituto de Dios, percibe al otro sólo como algo a destruir.

En plan paródico, vemos que el Astrólogo manifiesta su nostalgia por los conventos, los viajes a tierras iniciáticas, desconocidas y maravillosas. Por lo mismo, Erdosain lleva el nombre de Augusto (el divino, primer em-



Conrado Nalé Roxlo y
Roberto Arlt

perador de Roma) y de Remo (uno de los fundadores de Roma). Proclama, nietzscheanamente, otra vez, que el planeta es de los fuertes, esos espejos donde pretende hallar el rostro de su devastada identidad.

También paródico es el grupo de los siete locos. Sometido al carisma de un jefe que habrá de abandonarlos en el momento preciso (preciso para él), es un conjunto que se disuelve en la insolidaridad del *lumpen*. Lo forman traidores, soplones, prostitutas, pequeños estafadores, rufianes, chantajistas, terroristas, locos místicos y suicidas. Acaban en la calle, la comisaría o el manicomio. Su objetivo indeliberado es el Tánatos, que los conduce, por variables caminos, a la disolución. Se fascinan y repugnan, a la vez, con el espectáculo objetivo del *lumpen*, la esperpéntica fonda de la calle Sarmiento, junto al diario *Crítica*. Un doble sentimiento que analizó agudamente Diana Guerrero en su estudio sobre Roberto Arlt (*El habitante solitario*).

Dije al principio que, quizá, la escritura de esta doble novela estuviese hecha desde el punto de vista del Astrólogo. En el prólogo a *Los lanzallamas*, Arlt explicita algunos principios de su poética que parecen dichos por su personaje, lo cual mostraría un circuito (cervantino, si cabe) de entrada y salida del texto. Se entra como Astrólogo, se sale como Roberto Arlt.

Dice el escritor que la literatura es palabra divina o diabólica, inefable en sí misma, susurrada al oído del escritor. Su traducción, legitimada por la autoridad del escritor mismo, es siempre distorsionadora, falsificadora, paródica. Da lo mismo, para el caso, la comodidad con que escriba el rico Flaubert o la incomodidad en que trabaja el pobre Arlt. En medio de un edificio social que se desmorona inevitablemente (sic) no hay tiempo para bordados.

Arlt propone escribir como a puñetazos, *crosses* en la mandíbula. ¿Del lector, quizás, o de la imagen que el escritor percibe en el espejo de su escritura? ¿Con la rabia del eunuco enamorado de una ramera frígida, tal el caso del Astrólogo? La violencia es sustituto de la potencia, el Tánatos es, como excluyente, una parodia destructiva del Eros. El terror, de la revolución. El cuerpo del eunuco, desprovisto de deseos genitales, es, por fin, la parodia del estado ascético, conveniente a un «sacerdote» como el Astrólogo.

«El futuro es nuestro por prepotencia de trabajo», asegura Arlt en ese prólogo. ¿Quiénes son o somos los nosotros de ese «nuestro»? Aparte del obvio futurismo de la propuesta, ¿hay algo más que el futuro de la lectura convertido en nuestro por la fugaz comunión del texto y el lector?

Blas Matamoro